»En mi última te decía que el cólera estaba cerquita, y que estábamos preparados para sucumbir en la brecha, ayudando á los pobres coléricos; ahora añadiré algo más. El ayuntamiento de Tarazona pidió á nuestro padre Rector, en un oficio que le escribió, algunos sujetos para socorrer á los pobres atacados. Esta dicha, que todos esperábamos y deseábamos *ab candeletas*, tocó entre otros á mi padre. Yo me alegré mucho; pues ya que no me eligieron á mí, á lo menos eligieron á uno que para mí es otro yo. Si le hubierais visto antes de partir, cuán alegre y contento estaba. Iba con su sotana, faja, pendiente de ella el santo rosario, manteo y sombrero de teja, y el santo Cristo, nuestro fiel compañero, en medio de sus hermanos y míos, al efecto destinados, rebosando de júbilo y alegría. Se despidió de mí en particular y me encargó os escribiera su feliz suerte y encargase que le encomendaseis á Dios. El padre Armengol, según carta que leímos ayer, salió á recibirlos: fueron á pedir la bendición del Sr. Obispo, y junto con algunos señores tomaron á su cargo el hospicio y santo hospital. Ellos viven en el seminario, junto con el padre Armengol, yendo de día y de noche á sus puestos, relevándose mutuamente. Según la carta, la primera noche veló mi padre á los del hospital, y por la mañana cuando el padre Armengol fué á buscarle para ir á descansar al seminario, dice que los enfermos comenzaron á llorar, diciendo que aquel hermano era un santo. Ahí tienen lo que hay: no añado más, porque el padre Soler les dirá si le visitan, todo lo que deseen saber.

»Encomiéndennos á Dios y no se olviden de nosotros en sus oraciones.»

El día 27 del actual, á las tres de la madrugada, ha fallecido en Tarazona, víctima de un ataque de cólera fulminante, el R. P. José Armengol, de la Compañía de Jesús. Tan luégo como la epidemia reinante invadió aquella localidad, trasladóse allí el R. P. Armengol, trabajando con celo infatigable y con gran caridad y abnegación entre los coléricos. Además de sus continuos ministerios en el hospital, donde confesaba y asistía á los moribundos y consolaba día y noche á todos los enfermos, recorría de vez en cuando calles y plazas para reanimar el espíritu público y visitaba á los coléricos en las casas particulares, prodigando á las familias toda suerte de consuelos y facilitándoles en más de una ocasión los socorros que necesitaban. A medida que el contagio arreciaba en Tarazona, el R. P. Armengol redoblaba sus esfuerzos, por lo cual el Prelado le amaba como á un hijo, el Clero veía en él un compañero sumamente caritativo que compartía con invencible ardor las fatigas y peligros propios del sacerdocio en estas difíciles circunstancias; las autoridades civiles mostrábanle el mayor respeto y satisfacción, los pobres le veneraban como á su cariñoso padre, y todos, en fin, le miraban como un héroe, cuya pérdida no acaban de lamentar. El duelo ha sido general.

El R. P. Armengol que á la temprana edad de 36 años ha sucumbido en aras de su amor á los prójimos; estaba dotado de un carácter activo é inteligente, de generoso corazón y palabra fácil y elocuente. Había dado varias misiones en Cataluña y Aragón, y prometía ser uno de los más acabados é importantes misioneros de la Compañía en estos reinos. Con el P. Armengol estaban en Tarazona otros cuatro Jesuítas que continúan allí sirviendo á los coléricos. Dos de ellos han sido también atacados del cólera pero se hallan completamente restablecidos.

En lo dicho pueden encontrar ciertos periódicos algún dato más con que apreciar para qué sirven los ínclitos Hijos de Ignacio de Loyola.

Este es el espectáculo admirable, que hoy con motivo del cólera, y en todas ocasiones, están dando al mundo las Comunidades religiosas.»

El Rdo. P. José Armengol, de la Compañía de Jesús, falleció en Tarazona á las tres de la madrugada del día 27 de Agosto, víctima de un ataque de cólera fulminante. Concluía la predicación de un novenario en aquella ciudad, cuando entre sus habitantes se repitieron algunos casos de dicha enfermedad epidémica, y en su afanosa ansia de trabajar para mayor gloria de Dios y utilidad del prójimo, pidió permiso á sus Superiores para poder continuar en Tarazona durante el tiempo que la epidemia castigara aquella población. Desde entonces no ha cesado de trabajar con incansable celo y con prodigiosa

caridad y abnegación entre los coléricos. Además de sus continuos ministerios en ambos hospitales, donde confesaba y asistía á los moribundos y consolaba día y noche á todos los enfermos, visitaba también á los coléricos en las casas particulares, distribuyendo socorros y prodigando consuelos, y procuraba por todos los medios levantar el espíritu de la población. Á medida que el contagio arreciaba, el Rdo. P. Armengol redoblaba sus esfuerzos, por lo cual el Prelado le amaba como á un hijo; el Clero veía en él un compañero sumamente caritativo que compartía con invencible ardor las fatigas y peligros propios del sacerdocio en tan difíciles circunstancias; las Autoridades civiles mostrábanle el mayor respeto y satisfacción; los pobres le veneraban como á su cariñoso padre, y todos, en fin, le miraban como un héroe cuya pérdida no acaban de lamentar. El duelo fué general. (R. I. P).

Con el Rdo. P. Armengol estaban en Tarazona otros cuatro Jesuítas que continúan allí sirviendo á los coléricos. Dos de ellos fueron también atacados del cólera, pero se hallan completamente restablecidos.

El Rdo. P. Armengol era hijo de esta ciudad, y desde la edad de 17 años pertenecía á la Compañía de Jesús. Concluídos sus estudios, fué destinado á la enseñanza, que ejerció en los colegios de Zaragoza y Manresa, y tanto en ella como en la predicación, á que se ha dedicado en los últimos años, ha demostrado constantemente que poseía infatigable laboriosidad, generoso corazón y palabra fácil y elocuente. Había dado varias misiones en Cataluña y Aragón, de las cuales conservan gratos recuerdos multitud de ciudades y pueblos. Predicó recientemente las Cuaresmas en las Catedrales de Manresa, Vich, Seo de Urgel y Tarragona, y la del corriente año en Corella, y en los últimos meses recorrió y dió Misión en casi todos los pueblos del vicariato eclesiástico de Calatayud.

Á la temprana edad de 36 años ha sucumbido mártir de la caridad.—(De la *Revista Popular.)*

SALAMANCA.

Deducimos los trabajos apostólicos de los PP. Jesuítas en aquella diócesis por lo que leemos en *La Correspondencia.*

«El Rdo. P. Cámara, obispo de Salamanca, acompañado de los PP. Jesuítas, está visitando los pueblos atacados del cólera.»

También se lee en *El Fomento* de Salamanca:

«El digno Prelado de la diócesis, aprovechando el ofrecimiento que le habían hecho los Padres de la Compañía de Jesús, de acudir donde fuera preciso á prestar los auxilios espirituales, ha mandado á dos de éstos al pueblo de Villarino, y además á otro señor sacerdote, que ya se ha encargado interinamente de aquella parroquia.»

MÁLAGA.

El periódico avanzado *El Resumen* publicó lo siguiente:

«Los Padres Jesuítas del importante colegio del Palo (Málaga) reparten diariamente 500 raciones á los pobres de aquella barriada, y han encabezado con una gruesa suma la suscrición de la junta de socorros.»

MORELLA.

Lo acontecido en la ciudad de Morella es más elocuente que cuanto pudiéramos referir. Dispuestos los PP. Jesuítas á levantar el establecimiento que en aquella ciudad tenían, obedeciendo órdenes superiores, aparece en la comarca el terrible azote del cólera. Lo mismo fué llegar á conocimiento de los Padres, que

tomar el acuerdo de aguardar á pie firme la epidemia, pues si ellos con verdadero ardor iban en busca de la enfermedad doquiera levantaba la cabeza, no debían por cierto abandonar un punto en que el Señor les brindaba con trabajos y sacrificios. Por esto, obtenido el permiso de sus superiores, detienen su marcha y se lanzan intrépidos á la lucha, portándose como verdaderos héroes, pues llenaron de admiración y asombro á amigos y adversarios. El obispo de la diócesis, infatigable apóstol que tuvo ocasión de apreciar personalmente los trabajos de los Padres, consigna en una pastoral las siguientes palabras: «La ciudad de Morella no olvidará los caritativos servicios que durante la epidemia prestaron los PP. Mata y Marqués» y *El Maestrazgo liberal* refiere «que al extenderse el cólera por Morella fué tal el pánico, que hubo invadidos que se vieron abandonados por sus mismas familias. En esto los PP. Marqués y Mata han hecho prodigios de caridad, logrando levantar el abatido espíritu de los morellanos.»

Asombra verdaderamente la conducta de los Jesuítas en Morella, pues cual verdaderos apóstoles se multiplican en todas partes, á todo acuden, no les detiene ni fatiga, ni ministerio alguno que tengan que desempeñar y con su ejemplo infunden el aliento á los pusilánimes, que habían creído librarse del azote de Dios en un aislamiento egoísta y absoluto, y que en frente del peligro se entregan á la desesperación y abatimiento.

En estos tristes y supremos momentos es cuando aparecen en toda su verdadera grandeza estos ángeles tutelares, quienes no descuidando cuanto en lo humano cabe y se debe practicar, vuelven á Dios unos corazones arrepentidos, que alcanzan la misericordia divina, y devuelven á la sociedad y á la familia unos hombres animosos á quienes ya no espanta el contagio. Tal fué la obra de los padres Mata y Marqués en Morella, y tal ha sido en todas partes, doquiera ha sido necesario ó conveniente su concurso.

Importa consignar un hecho que se ha repetido en muchas partes, cual es la aversión á médicos y medicinas, no obstante de que éstos en su mayor parte se mantuvieron fieles á su misión, aconteciendo que con la peste propagábase la desconfianza y por tanto siendo entonces impotentes para levantar el abatido espíritu del pueblo, cuya mayoría estaba muy necesitada de habitaciones higiénicas y buenos alimentos, razón por la cual la epidemia se cebaba principalmente en las clases menesterosas, que eran abandonadas de unos por el temor, y de la mayor parte por las medidas rigurosísimas que las autoridades tomaban con las familias atacadas y con cuantos se rozaban con ellas.

Aquí es donde los Padres vieron la ocasión de ejercitar la caridad y levantar con su celo el espíritu apocado de todos. En un momento recorrieron todas las calles y viviendas donde había enfermos y después de dejarlos consolados acudieron á las autoridades para que el rigor en las medidas tomadas fuera sustituído por otras que, si prudentes, no destruyesen la caridad, incitándolos al mismo tiempo que estableciesen juntas de inspección y de socorros que mejorasen la situación de los necesitados, ofreciéndose en ellas á tomar la parte de más peligro y trabajo. Todo lo cual fué escuchado y puesto en ejecución tal como era de desear, concurriendo á este fin de un modo noble, digno y levantado las Conferencias de San Vicente de Paul que llenaron excelentemente su cometido, y algunas familias piadosas y bien acomodadas que ofrecieron intereses sin tasa.

Con estos medios y la predicación incesante de un Padre en novenas de rogativas, ca mbió de tal modo el aspecto de la población, que ya no había nadie que temiese el peligro, ni se recatase de visitar enfermos y que por último en breve desapareciese la enfermedad. Este cuadro debe ser de perpetua enseñanza para análogas circunstancias ¡ La caridad obra maravillas!

ORDUÑA.

Para dar fin á esta relación que necesariamente es incompleta, porque carecemos de muchos pormenores sublimes y edificantes que se han realizado en otras partes, y habiendo suprimido no pocos para evitar repeticiones, pues basta decir que en todas partes los Jesuítas han estado á la altura de su vocación como sacerdotes católicos y religiosos, transcribiremos lo que publicó un diario, por demás interesante.

Á los que, llevados de su odio sectario, quieren presentar á los hijos de la ilustre Compañía de Jesús como unas mujercillas pusilánimes que huyen acobardadas de los puntos infestados por el cólera, damos traslado de la siguiente carta que el corresponsal de *El Vasco* remite de Orduña y en la que se da cuenta de la levantadísima actitud de los PP. de la citada Compañía que dirigen el colegio de 2.ª Enseñanza, en presencia de las actuales calamitosas circunstancias.

No queremos ofender á la insigne Compañía, ensalzando como se merece su proceder eminentemente cristiano; y á nuestro objeto basta con que los lectores fijen su atención en las líneas siguientes:

«*Orduña 7 de Agosto de* 1885.

»Sr. Director de *El Vasco*. Mi querido amigo: No sé si será criminal el callar ó publicar actos como el que motivan estas letras; pero me inclino á creer sería tal haciendo lo primero, pues que cosas de esta índole deben conocerse de todo el mundo para dar en rostro á tanto impío como hay que trata de hacer aborrecibles á las gentes las Órdenes religiosas. Voy al asunto.

»El día de ayer recibió el señor Alcalde de esta ciudad una comunicación del Reverendo Padre Jesuíta Director del Colegio de segunda enseñanza de esta ciudad, que dice así:

» En atención á las calamitosas circunstancias que con motivo del cólera pueden so»brevenir á esta ciudad de Orduña, é impulsado por los deberes que nuestra vocación y »sagrado ministerio nos imponen, tengo el honor de poner en su conocimiento que todos »los Padres que residen en este colegio, y si fuera menester, hasta los Hermanos están »prontos á socorrer con los auxilios espirituales y corporales, á *cualquiera hora del día y* »*de la noche* á los que fueren atacados de la terrible enfermedad. Asimismo he puesto á »disposición del médico titular del pueblo señalar la oportunidad de suministrar, á »cuenta del colegio, la alimentación más propia para estos casos á las personas de la »clase menesterosa designadas por el Ayuntamiento, cuyo asentimiento será necesario »que presenten los individuos que hayan de recibir dicho socorro.»

»No creo debo añadir por mi parte cosa alguna que tienda á comentar lo que, de tal comunicación se desprende: sólo diré que casi estaba de más que el Rdo. P. Director del Colegio se haya molestado en pasar tal comunicación al Sr. Alcalde, pues, éste, el Ayuntamiento y casi todo el pueblo estábamos plenamente convencidos de que los PP. Jesuítas harían lo que dice el oficio copiado y más, si pueden y cabe, sin necesidad de decirlo. Dejo á la consideración de Vd., Sr. Director, el comentar como sabe, á lo que se presta la mencionada comunicación, y por de pronto reciban los PP. el más cordial agradecimiento del pueblo orduñés.

»Como siempre me repito de Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.—*X.*»

GRANADA.

Nos escriben de aquella ciudad: «Los PP. Jesuítas y los PP. Redentoristas, dispuestos siempre á correr donde los llamaban, de día y de noche estuvieron á las órdenes de todo aquel que los necesitaba. Ni de unos ni de otros, tuvo que lamentarse desgracia alguna.»

RELIGIOSOS FRANCISCANOS.

Nunca será bastantemente ponderado el crimen que arrojó de nuestro suelo las Órdenes religiosas, demolió sus conventos y dispersó fuera del patrio suelo á sus moradores. El daño ha sido incalculable á las artes y á las letras, á la economía del Estado y á la de los pueblos y más que todo y sobre todo ha sido y es irreparable el mal causado á los pobres. Mil razones que no son de este lugar apoyan nuestro aserto. Mas concretándonos ahora, á lo que es objeto de este trabajo, en ninguna ocasión mejor que en las calamidades públicas, de guerras, hambre y pestes, es cuando aparecen en todo su vigor la conveniencia y necesidad de estos hombres que animados de un celo superior y atentos sólo al servicio de Dios y por él al de sus semejantes, hacen frente á toda clase de peligros, alentando á los pueblos siempre propensos á un egoísmo estúpido y á un abandono inexplicable.

Iniciada otra vez la restauración de estos institutos por la necesidad que de ellos se experimenta, pero envueltos en una red de trabas administrativas que impiden su desarrollo é incremento, España se ha visto invadida por una epidemia, que si no tan cruel y asoladora como otras, se ha extendido con rapidez vertiginosa por todos los extremos de la Península.

Como siempre su presencia inspira el terror á los pueblos, y éstos desamparados de estos hombres ó mejor ángeles tutelares, caen en un embrutecimiento y desesperación impropios de pueblos cultos. Vuelven sus ojos á la Religión y allí esta madre cariñosa levanta las primicias de estos hombres providenciales que acuden á la voz suplicante de sus hermanos y se presentan sin miedo y sin arrogancia á luchar contra la enfermedad que hasta á los más valerosos amilana.

Testigos de este hecho han sido los pueblos que han contado en su seno alguna de estas casas restauradas, y por lo que á los Hijos de San Francisco se refiere, insertaremos cuanto ha llegado á nuestro conocimiento que por cierto es bien poco. También han dado sus primicias al cielo y permita éste que un holocausto tan puro sea agradable á Dios, quien abriendo los ojos á los pueblos y á sus gobernantes permitan que veamos nuevamente y sin obstáculo, florecer estas flores de virtud que forman la honra y gloria de los pueblos.

Copiamos lo siguiente de un periódico del Principado:

El 27 del pasado Julio se verificó en Vich una reunión de todas las clases de la sociedad, y se determinó pedir á los Padres Franciscanos local para un hospital colérico. El 29 los muy ilustres señores Vicario general, y Alcalde constitucional se presentaron al superior del Remedio, y expusieron la determinación de la junta. El superior con gracejo les dijo: «Señores, para hospital está el convento y los Religiosos para enfermeros; de suerte que no necesitan pensar ustedes, señores, en nada.» Una comisión del muy ilustre Ayuntamiento se presentó á inspeccionar el local el día 31 y los seis individuos que la componian quedaron altamente satisfechos de los sentimientos y buenas disposiciones de los Rdos. Padres Franciscanos. Con fecha de 30 del mismo mes el muy ilustre señor Alcalde dió las gracias á los Padres en un atento oficio en el que hace constar, que los Padres Franciscanos han superado en mucho las esperanzas del Ayuntamiento y de la Junta de Sanidad.

Refiere el *Siglo Futuro:*

En el convento de Padres Franciscanos de Cocentaina han ocurrido durante la epidemia doce invasiones entre Padres y novicios, falleciendo uno solo, el Padre Gregorio, que llegó al convento enfermo, procedente de Valencia.

FALLECIDOS.

El Rdo. P. Gregorio, en el Convento de Cocentaina (Valencia.)
El Rdo. P. Vicente Navarro falleció en Valencia el 9 de Agosto.
El Rdo. P. Antonio Ortiz falleció en Valencia el 19 de Agosto.
Fr. Antonio Torres, lego, falleció en Villarreal.
Fr. N., hermano, falleció en el convento de Villarreal.

Los Franciscanos y el cólera.—Uno de los pueblos más castigados por la actual epidemia colérica es, sin duda, Gerindote (Toledo), del que han huído desde los primeros momentos la mayoría de los vecinos, y han sucumbido víctimas del terrible azote las autoridades y personas principales y entre ellas el celoso Párroco. Al tener noticia de lo sucedido los Reverendos Padres Franciscanos de la Puebla de Montalbán, partió uno de estos admirables Hijos de San Francisco para el lugar del peligro. Á su llegada se encontró con tres cadáveres insepultos por la poquedad de ánimo de los escasos vecinos que habían sobrevivido. Lleno el Religioso de santa abnegación, tomó la pala y azadón y abrió él mismo las sepulturas, dando tierra á los mencionados difuntos. Sin tomar un solo momento de descanso recorrió una por una todas las casas, distribuyendo el pan del consuelo á los abandonados coléricos, y logrando con su intrepidez reanimar el espíritu y la caridad de los pocos vecinos existentes, y alentarlos para hacer frente á la terrible epidemia. ¡Loor sempiterno á esos héroes de la Iglesia!!!

La conducta de los mismos Padres Franciscanos del Colegio de Consuegra (Toledo) rayó también en heroica y extraordinaria. La venerable Comunidad se ofreció desde un principio á las autoridades para prestar toda clase de servicios. Los jóvenes novicios pedian con insistencia que se les permitiese servir á los apestados en compañía de los Religiosos profesos, y el Superior tuvo á bien acceder á sus fervorosas súplicas. Todos se diseminaron por la Ciudad de dos en dos, como nuevos discípulos de Jesús, llevando unos, ropas; otros, alimentos; aquellos, medicinas; estos, el consuelo espiritual, hablando con su conducta al corazón empedernido de aquellos que odian la Religión y todo cuanto lleva la señal de Dios vivo. ¡Oh cuántas lágrimas han enjugado! ¡Qué número de almas han conquistado para el cielo! ¡Á cuántos han llevado la paz de que tanto tiempo carecían! ¡Dios sea bendito por todos los siglos!—(De la *Revista Franciscana* de Octubre de 1885.)

Los verdaderos amigos del pueblo.—En nuestros días se busca para todos los caprichos, satisfacciones; para todas las malas ideas, estandarte; para todos los corazones, vicios. Nuestra sociedad va saltando por lujosos prados como un bruto desbocado;